



SEMINAR

**1918-2018: TERRITORIAL TRANSFORMATIONS AND THE FUTURE OF THE
CONSTRUCTION OF EUROPE**
(marking the Centenary of President Wilson's Declaration)
Bilbao, 29 November 2018

VALENTIN POPESCU

Ponencia

1918 – 2018, CIEN AÑOS DE VÉRTIGO

El devenir histórico de la humanidad tiene en su conjunto un desarrollo relativamente regular, pero con un proceso de aceleración constante que el siglo pasado alcanzó una velocidad alucinante. Tan grande ha sido esa velocidad – tal, la cantidad de acontecimientos trascendentales - que los testigos de la evolución difícilmente se han percatado de su magnitud.

Y es que el alud de avances, cambios y desapariciones fue abrumador en todas las parcelas de la vida, desde la política y la económica hasta la moral y la científica con un lugar preeminente para la tecnología. Se llegó a la Luna, se dominó la energía nuclear, se generalizó el uso de la informática, se trasplantaron órganos en los hombres y se clonaron otros seres vivos. Y casi olvidada, pero trascendentales fueron el descubrimiento de los antibióticos, los abonos nitrogenados baratos y la “revolución verde” que ha erradicado las hambrunas de buena parte de la Tierra.

El siglo registró las dos guerras mundiales más mortíferas de la Historia, la desaparición de una escala de valores que había regido el mundo blanco durante siglos. Y también desapareció el colonialismo, el apartheid, así como varios imperios. Se logró la consecución de sueños quiméricos como la unificación alemana y la creación del Estado de Israel y se consumió el hundimiento de unos consensos morales que habían sido asumidos – aunque más de boquilla que de hecho – por el que podríamos llamar “primer mundo” en los siglos inmediatamente anteriores.

Me refiero a que el vertiginoso cambio de las estructuras sociales y de los motores económicos arrasó con toda la estructura moral e intelectual que había sido el colágeno de la sociedad blanca desde el siglo XVIII hasta ahora. Lo relativamente nuevo – relativo, porque el fenómeno tiene antecedentes en la Historia – es que esta vez las sociedades de las distintas naciones viven de los frutos y sobrentendidos de una cultura que ha quedado fragmentada y descompuesta hasta lo irreconocible. También registran estos cien años un sorprendente pasmo político,

Así, en un mundo globalizado no se encuentra el sermón de la montaña por ninguna parte, pese a que es pieza indispensable para la convivencia.

Consecuentemente, también se ha confundido la piedad con el derecho absoluto a la sopa boba. Y para terminar de dejar sin brújula a los habitantes de este nuevo mundo, se ha demonizado el criterio de autoridad justamente cuando el abaratamiento de la informática provoca la proliferación de noticias manipuladas y rumores estúpidos, dejando a las masas huérfanas de un punto de referencia seguro; seguro o, por lo menos, razonablemente fiable.

En el ámbito cultural, el siglo XX - y aún más lo que llevamos del XXI - ha sido testigo de la irrupción del inglés como la lengua franca del mundo. El tráfico aéreo y el comercial se hacen en inglés; los hombres de ciencia hablan entre si en inglés; se canta en inglés; se imprime las instrucciones de uso en inglés y hasta se pretende vestir, beber, comer y vivir a lo angloamericano... Y al que no le guste, peor para él.

Tanto cambio social, económico y cultural ha producido casi inevitablemente un pasmo político, sobre todo en Europa. La pulverización del mundo bipolar y el renovado recurso a las armas de las naciones occidentales, del que las guerras de Yugoslavia han sido el ejemplo más claro, ha socavado fuertemente la apuesta por el Estado-nación.

Las causas de este fenómeno son múltiples, demasiadas para el tiempo y las luces de que yo dispongo para debatirlas aquí. Pero salta a la vista que el impacto de la descolonización, el terrorismo urbano, las agudas crisis económicas cíclicas y el abandono de una formación cultural sólida “*erga omnes*” ha determinado a las nuevas generaciones desconfíen de los valores heredado y busquen otras vías.

Digo otras vías y no nuevas fórmulas, porque no es nuevo deshacer una empresa fracasada, como en los casos de Checoslovaquia e Yugoslavia, para desmembrarlas en las entidades territoriales anteriores. Ni tampoco es nuevo desconfiar de un responsable que no da respuestas satisfactorias a necesidades básicas. Es decir, la desconfianza de una juventud que se ve condenada al paro o que teme no tener ni siquiera porvenir porque ninguna autoridad defiende el medio ambiente.

Así, en resumen, no es nuevo renegar del Estado nación; situaciones similares se dieron, “*mutatis mutandis*” ya en los siglos XIV, XIII y XII antes de

Cristo, Pero es hasta cierto punto nuevo el síntoma de pasmo : ver que las primeras vías encontradas por las nuevas generaciones a los más que viejos problemas son las ya abandonadas tiempo ha por la Humanidad. Renunciar al Estado-nación para volver a las etnias – como sucede en varias regiones de África – no está dando buenos resultados ni los dio en el pasado. Y África es solo en caso extremo.

Porque en Europa asombra ver como de las ruinas de la URSS nace un Estado que solamente existió en la Edad Media, la República de Moldavia. O como de la Yugoslavia de Milosevic nacen entidades políticas que tuvieron autonomía también en la Edad Media, como el Kosovo o Bosnia Herzegovina.

Tampoco es menor el pasmo que produce ver como las potencias que no dudaron en acabar con la Libia de Gaddafi se desentiende de la saña turca contra la minoría kurda... una minoría que representa casi el 10% del censo nacional.

En realidad, el problema étnico o de las minorías nacionales es ignorado empecinadamente por las mayorías nacionales. En unos casos, por prepotencia; y en otros, por todo lo contrario : por miedo o impotencia latente. Pero en todos los conflictos de este tipo constituye un factor determinante el apego de las clases dirigentes al concepto exclusivo y excluyente del Estado-nación.

Resumiendo, muchísimo – y, por tanto, muy mal –, se puede decir que el siglo XX enterró un mundo. Y con él, su modelo muy precario de convivencia, una escala de valores morales y cierto conformismo fatalista con la sociedad existente que había adoptado la civilización blanca de la época. Menos radical, pero no menos trascendente, fue la desmitificación del comunismo estalinista, del laicismo persa y del militarismo prepotente en demasiadas partes de la Tierra. Las derrotas de Estados Unidos en el Vietnam y de la URSS en el Afganistán acabaron con el mito de los ejércitos invencibles. La contrapartida fue un auge de las guerrillas y, a la larga, del terrorismo en casi todo el Globo.

Me he contagiado de la vorágine del siglo XX y he galopado en esta panorámica de los acontecimientos del siglo pasado. Me explicaré a partir de ahora un poco más despacio y abarcando menos. Porque, para no hacer de

esta charla una plaga, me limitaré a hablar de política. Y aunque no tan solo, hablaré sobre todo de política europea, que es la nuestra y nosotros somos tan egocéntricos como los demás... y como siempre.

En el balance del siglo pasado, el capítulo mayor corresponde a las desapariciones. Con la II Guerra Mundial se le dio la estocada final al colonialismo y a la hegemonía blanca en el planeta. Francia, Gran Bretaña y Alemania cedieron la primacía a Estados Unidos, Rusia y China.

Digo Rusia y no Unión Soviética, porque la URSS fue una de las desapariciones más sorprendentes. Y no porque su extinción fuera imprevisible, sino porque el régimen estalinista dominaba como nadie el arte del disimulo, la propaganda y la ocultación y supo tapar con alardes militaristas y proselitismos ideológicos la quiebra de sus estructuras económicas y el desgaste de sus cuadros políticos y motivaciones románticas. La Unión Soviética de finales del siglo XX se parecía a los hidalgos españoles del siglo XVIII, llenos de título de nobleza y oropeles, pero sin nada en el estómago ni en la despensa.

De todas formas, en buena parte la sorpresa se debió también a las ganas de no ver. La polarización ideológica de la “guerra fría” era tal tras la II Guerra Mundial que los comunistas y sus simpatizantes veían sus deseos y no las realidades del llamado “mundo rojo”. Poco después de la muerte de Franco, yo pude viajar como periodista por la República Democrática Alemana y vi en la ciudad de Pausewitz - cerca de la frontera con Polonia – uno de los cuarteles del Ejército soviético de ocupación y me costó mucho creer a mi guía cuando me dijo que eran esto, una caserna militar, ya que yo habría jurado que eran establos. Con decirles a ustedes que las ventanas no tenían cristales, sino que estaban tapadas con papel de diario empapado en grasa...

La Unión Soviética es el caso antagónico al del Imperio Turco que, tras una larga agonía, feneció con la derrota alemana en la I Guerra Mundial. Cómo la Rusia zarista, la Turquía otomana murió convirtiéndose en todo lo contrario de lo que había sido hasta entonces; en el caso turco, durante siglos mientras que el ruso comunista fue de solo 3 generaciones. Pasó de gran potencia,

islámica y tradicionalista, a república laica y occidentalizada, amén de nación pesimamente financiada y peor gobernada.

Pero a diferencia de Rusia, que quiere volver al protagonismo histórico por el sendero de un ultranacionalismo ambicioso - pero paciente -, la Turquía de Erdogan y el AKP pretende erigirse ya en la referencia política del Oriente Medio por la senda del islamismo radical y la opresión militar.

A todo esto, el sultanato turco le dejó al mundo en herencia un avispero de naciones mal preparadas y peor avenidas que siguieron recurriendo a la violencia cruel tanto para resolver sus diferencias internas como las internacionales : Los Balcanes. Claro que a la crispación balcánica cooperaron también - y no poco - las potencias occidentales vencedoras en la I y la II Guerra Mundial, que zurcieron y separaron territorios con criterios distantes y abstractos como si los Balcanes fueran otra África colonial a repartirse... aunque en este caso no fueran más que zonas de influencia. Ironías de la Historia : En las guerras de Milosevic, que acabaron con la Yugoslavia de Tito, la intervención militar de las potencias de Europa Occidental no fructificó hasta que entraron en combate las fuerzas estadounidenses – es decir, no europeas - de la OTAN.

No hablo de la extinción del imperio de los Habsburgo porque es muy parecido al caso del sultanato otomano. Quizá con dos grandes diferencias. Una es la herencia geopolítica dejada por ambos imperios; la austriaca resultó menos envenenada. Y la otra es que el rencor de los vencedores de la I Guerra Mundial se cebó en el componente militarmente más fuerte del Imperio Austro-húngaro: Hungría. Los tratados de paz del 1918 como del 1945 fueron cruelmente rencorosos con Hungría.

Menos radicales que esas desapariciones e irrupciones en el escenario histórico han sido muchos de los otros cambios registrados el siglo pasado. Así, por ejemplo, el terrorismo, el fundamentalismo, el populismo y las migraciones masivas son fenómenos de largo recorrido histórico, pero potenciados ahora por la masificación y una globalización social que parece haber alcanzado ya su techo. Todos estos fenómenos impactaron en la historia de los siglos XX y XXI como no lo habían hecho nunca en la Historia,

incluyendo las conmociones de las llamadas invasiones de los pueblos de la mar en el siglo XIII antes de Cristo.

Antes que Stalin, Hitler y Mussolini hubo un Sila o un Cromwell. Y antes del terror como arma de guerra – antes que el Septiembre Negro, el FLN argelino, los talibán afganos o los Tupamaros argentinos – Tamerlán, Gengis Kan o los almorávides ya usaban la crueldad para potenciar sus propios ejércitos con el pánico que generaban en sus víctimas potenciales las crueldades de los respectivos soldados. KGB, Gestapo o Stasi son modernizaciones mejoradas de la policía especial del zar Iván el Terrible o de los inquisidores de Torquemada. Pero los espantosos del siglo XX y XXI disponían de unos recursos técnicos y económicos que no podían ni siquiera haber soñado sus predecesores.

Naturalmente, el balance político-militar del siglo XX no es sólo negativo; también hay un relato positivo de esos cien años. Es el que recoge la generalización de políticas sociales, un mayor respeto de las minorías, la potenciación de las legislaciones democráticas y las mejoras tanto jurídicas como económicas del mundo laboral; la erradicación de enfermedades horrendas como la viruela o la poliomielitis. Y en el “haber” político del siglo hay que anotar cuándo y cómo se acabó la división de Alemania y el muro de Berlín; se crearon Estados realmente independientes en el mundo musulmán; los judíos obtuvieron una patria... aunque fuera a costa de los palestinos; y el mundo laboral de las naciones industriales comenzó a ser más justo y generoso. La lista se podría alargar mucho más, pero me temo que la paciencia de ustedes, no.

Para nosotros, los europeos occidentales de hoy en día, el hito de los datos positivos del siglo pasado es la creación del Mercado Común que ha derivado en la Unión Europea. Evidentemente, dista mucho de ser el ente supranacional unificador de Europa Occidental deseado por sus fundadores, pero es un paso titubeante, aunque esperanzador, hacia la soñada federación de Estados europeos que garantice de una vez para siempre la paz de esta parte del mundo.

Quizá hoy eso parezca más quimérico que factible, pero sea como la Europa de las Patrias ideada por el general de Gaulle o como una versión cisatlántica de los Estados Unidos de América, la Unión Europea es un muy posible camino de paz y estabilidad para el Viejo Continente.

Claro que posible no quiere decir ni mucho menos, fácil. Porque para conseguir la unidad sociopolítica del Continente falta, o ha faltado hasta ahora, voluntad. Por si no bastara con las abismales diferencias económicas existentes entre las naciones del Viejo Continente, también dificultan enormemente el proceso unificador las diferencias culturales, morales y religiosas imperantes aún en Europa.

Y lanzado a señalar piezas del rosario de trabas a la creación ese ente supranacional he de poner en la lista a la mayor de todas : El egoísmo. O, mejor dicho, los egoísmos. Porque aquí se disputan la primacía los egoísmos todos, desde las ambiciones personales, hasta los empecinamientos retro nacionales, las suspicacias étnicas y el pulular de los oportunistas especializados en pescar en aguas revueltas.

Y es que a los egoísmos hay que tenerles en cuenta que se trata de un elemento constitutivo de los seres vivos. No voy a recordarles que el primer paso evolutivo de los primeros seres vivos que habitaron el planeta fue el canibalismo de los unicelulares; comerse al vecino para prosperar al menor coste energético posible. Así que pasaré a hablar de una época un poco más moderna : De los moradores de Europa de ayer y anteayer. Hablaré de los neandertales - que vivieron aquí hasta hace 40.000 años – y de los aqueos y demás tribus que bajaron del norte para poblar la Grecia actual y las costas del Egeo.

La arqueología y la mitología no atestiguan más convivencia pacífica de aquellos hombres que en los territorios tan despoblados a la sazón que el encuentro con otros moradores o vecinos se daba de Pascuas a Ramos. La Europa de hace 40.000 años albergaba unos cinco millones de seres humanos. Y unos milenios más tarde, los aqueos y demás inmigrantes septentrionales se contaban por unos pocos millares por tribu o estirpe colonizadora o invasora.

Es decir, que fuera cuando fuera, los seres humanos sólo han convivido en paz cuando han tenido a los vecinos fuera de su alcance.

Todo este introito al Mercado Común/Unión Europea viene a cuenta del conato de explicación de porque un proyecto tan idealista como prometedor en sus inicios está pifando ahora con alarmantes síntomas de descomposición. La idea de una Europa social y políticamente uniforme a la par que económicamente solidaria es hoy en día un triste espectro que se desgaja por el norte con el brexit, se atraganta de autoritarismo por el centro polaco-magyar y apesta en el este por la corrupción que campa a sus anchas en Bulgaria y Rumania.

Y, por si fuera poco, en todas partes la cuestión humanitaria que plantea el alud de fugitivos del hambre y de las guerras del tercer mundo saca a relucir los peores sentimientos de toda la población europea, llamada a un poco de conmiseración y solidaridad. Todo esto sucede ante todo a causa del mayor defecto que ha tenido este proyecto supranacional desde su nacimiento : El mantenimiento contra viento y marea de las soberanías nacionales. La imposibilidad de superar ese egocentrismo mayúsculo que ha torturado la historia europea – y no sólo la europea – a lo largo de más de 3.000 años ha causado que el proyecto del superestado continental naciera con una mínima expectativa de supervivencia por carecer de piezas tan esenciales como una política social, fiscal y jurídica comunes.

Eso explica también en parte que el proyecto fuera un éxito apabullante en tanto y cuanto se limitó a ser solamente lo que su nombre decía : Un mercado común de seis naciones muy parejas en sus riquezas proporcionales, pero cada vez más inseguras de sus escalas de valores morales y culturales e interesadas todas seis por un igual en formar parte de un mercado sin fronteras ni aduanas y con una divisa común... y casi nada más.

El éxito inicial incitó a creer que se podría ir a más en el proceso integrador y, sobre todo, evidenció que resultaba peligrosísimo ser una isla de bienestar rodeada de naciones cada vez más pobres a medida que se alejaba del núcleo de los seis. Y así, más por decreto que por construcción, se fue ampliando el Mercado Común poco a poco y con cada vez menos rasgos de

mercado y voluntades compartidas hasta llegar a la constitución de la Unión Europea actual que está al borde precipicio. Porque es una Unión que es toda una desunión económica – recuérdese la quiebra griega – y toda una rebelión egoísta, mírese por donde se mire : La xenofobia húngara, la cerrazón en banda italiana en el tema migratorio, el hiper nacionalismo jurídico de Polonia y Rumania o la pataleta secesionista de una Gran Bretaña, nación que fue siempre muchísimo más atlántica que europea...Y en esta enumeración me he limitado a citar tan solo las crisis más recientes y sonadas. Abundan las señales de fin de trayecto político; de que todo ha entrado en fase de liquidación. Quizá - ¡ ojalá ! – no sea así y Bruselas encuentre gente e ideas nuevas para proseguir en la construcción política más ambiciosa del siglo XX, iniciada con el nada romántico nombre de Mercado Común.

También es posible que este proceso político fuera inviable desde siempre por mor de la esencia de los seres humanos, que son incapaces de renunciar a la propia personalidad, a la propia identidad, en aras de un bien común general. Uno de lo grandes cerebros políticos del siglo pasado – el general Charles de Gaulle – lo entendió así y cuando el ciclo de ampliaciones llegó a pretender la incorporación de Gran Bretaña, él propuso en aquel momento abandonar el camino de las integraciones e iniciar otro proyecto más modesto y por tanto más factible : La “Europa de las patrias”. No iba a ser una Europa fundida en un ente nuevo, pero sí una Europa sincronizada y armonizada en la que las soberanías seguían siendo protagonistas, pero dentro de un orden superior a ellas. Según el, a la sazón presidente francés, en la “Europa de las patrias” iban a poder convivir a gusto no solo los británicos, sino también los rusos y demás europeos del este. En su visión, la “Europa de las patrias” acogería a todos los Estados del Continente, desde los Urales hasta el Atlántico.

Para acabar esta charla, añadiré dos reflexiones rápidas sobre el capítulo más negro de la historia del siglo XX : Las guerras. La lista la encabezan por derecho propio las dos guerras mundiales, las más mortíferas en la historia de la Humanidad. Pero los conflictos armados - guerras y guerrillas – los ha habido casi sin solución de continuidad a lo largo de los

siglos en todas partes. En esto, el siglo XX y el XXI no se han diferenciado de los que le precedieron más que en su poder destructor.

Y en un mundo que pretendía ser ya maduro, pensante y experimentado esto teóricamente no tenía cabida. Pero la tenía, y mucha. Ni puedo ni pretendo hacer aquí un análisis de los conflictos armados y sus causas. Pero es obligado señalar que a las guerras se llega ante todo por falta de recursos intelectuales – por no saber encontrar alternativas a la matanza – y por falta de generosidad. La inmensa mayoría de los conflictos armados surgieron por egoísmo puro y duro.

Lo uno y lo otro lo llevamos los seres humanos en los genes. Los habitantes del planeta de hace 200.000 años eran capaces de recorrer en un día hasta 80 km, pero los avances culturales y técnicos progresaban 3 km por año. Así que, ante la eternidad del egoísmo cerril y la violencia como panacea sociopolítica, uno no tiene más remedio que llegar a la conclusión de que en el siglo XX, el actual o el siglo XXX antes de Cristo, la Historia la han protagonizado siempre los seres humanos... ¡ de la misma manera, a su manera ! Pero, aunque sea a trancas y barrancas, en conjunto, la Historia tiene una tendencia positiva, hacia lo mejor.

Y ahora y aquí, lo mejor es que yo dejo de hablar

Muchas gracias